

II

Al día siguiente, por la mañana, se verificó la sesión de apertura.

Bruchstaedt había sido admitido socio de honor y leído una Memoria. Era un estudio sobre el desarrollo del sistema nervioso en el reino animal, que obtuvo nutridos aplausos. Mientras leía, se preguntaba si la señora Ehrwein se encontraría entre el auditorio. Al principio de la sesión, la joven no estaba, y su miopía le impedía averiguar si había ido después.

Aquel día la vió por primera vez á bordo de una de las lanchas que conducían á los naturalistas á Elve.

Vestia esta vez un abrigo de nutria y un sombrero de la misma piel con adornos de terciopelo; la joven al verlo entrar en la lancha avanzó hasta llegar á él y le tendió ambas manos.

—Mi enhorabuena por vuestro triunfo de hoy—le dijo—. ¡Qué bien lee usted; y cómo llenaba su voz los ámbitos del nuevo salón; y qué aspecto tenía usted tan peligrosamente seductor! Yo estaba realmente enajenada.

—Me favorece usted mucho, señora; yo ignoraba que estuviera usted en la sesión.

—Ya lo sé, es usted un ingrato; he hecho cuanto he podido por que usted me viera. Estoy realmente escandalizada de mis vecinos; pero usted no se ha cuidado de mirar una sola vez hacia donde yo me encontraba.

—La culpa es mi miopía.

—¡Usted miope! Eso será un pretexto para justificar el uso del monóculo, que lo manejará usted á maravilla; usted no necesita adornos semejantes.

—Yo no gasto monóculo, señora.

—Eso prueba que su miopía no tiene importancia: ha sido por orgullo por lo que usted no ha querido verme: ¿guarda usted silencio? Esa confesión podrá tomarse, cuando más, como una circunstancia atenuante; pero hablándole con toda sinceridad, yo no recuerdo en mi vida haber experimentado una sensación tan fuerte como la que hoy he sentido; ¡qué lástima no haber estado desde el principio de la disertación!

—¿Luego usted llegó tarde?

—Sí, me levanté muy tarde; anoche estuve todavía en el teatro.

—No es posible, después de haber hecho tantas cosas durante el día.

—Es mi temperamento; sólo me encuentro bien cuando me agito y experimento emociones; el reposo es para mí la muerte.

—¿Y con quién ha ido usted al teatro? Si me permite usted que se lo pregunte.

—¿Tiene usted mucho empeño en saberlo?

—Deseo saber únicamente si la señora Baerwald ha ido con usted.

—¿Desea usted saber eso solamente?

—Y... ¿qué otra cosa podía desear?

—No trate usted de escurrirse, mi querido profesor... usted está celoso.

—¡Celoso yo! ¿y por qué he de estarlo?—exclamó el profesor con un acento de extrañeza tal, que la señora Ehrwein, que lo contemplaba con el semblante sonriente y mirada atractiva, se quedó como petrificada.

—Es usted muy poco galante—dijo con voz glacial.

Se apartó bruscamente, y avanzó hasta llegar á un grupo donde se discutía con animación lo que constituía la nota del día.

Bruchstaedt se quedó meditando unos instantes.

—¡Qué criatura más caprichosa y más rara! —concluyó por decirse—; hace un momento tan amable é insinuante, y de pronto, y sin motivo que lo justifique, resulta no ya indiferente, sino hasta agresiva. ¿Cómo explicarse carácter semejante? Á lo mejor se muestra animada, expansiva, y seguidamente indiferente, silenciosa. Á no dudarlo, es un sistema que pone en práctica para conseguir su objeto, y que se necesita gran habilidad para practicarlo.

Y encogiéndose de hombros al mismo tiempo que se prometía no volver á ocuparse de las cosas de la señora Ehrwein, fué en busca de su amigo Baerwald.

Entretanto la lancha había salido del embarcadero y avanzaba lentamente sobre la superficie del agua. Una segunda embarcación seguía á la primera. Bruchstaedt creyó que sus amigos irían en ella, pero no tardó en ver que se encontraban en la suya y que la señora Baerwald, apoyada en la banda, se entretenía en ver deslizarse la corriente, mientras que su marido, de pie junto á ella, hablaba con varios compañeros.

Había junto á ellos un asiento vacío, y Bruchstaedt, aceptando la invitación que le hicieron, fué á ocuparlo.

Hablaron unos instantes sobre la disertación de la mañana, de los terrenos que se extendían á las orillas del río, de la gente de á bordo, de los conocimientos que habían hecho y de los que habían reanudado, hasta que la señora concluyó por decirle:

—Y á la señora Ehrwein, ¿no la ha visto usted?

—Sí—contestó sonriendo—, la he visto y he hablado con ella.

Y después de algunos momentos de silencio, añadió:

—Y ha ocurrido entre nosotros algo hasta cierto punto extraño.

—¡Lo ve usted!—se apresuró á contestar la se-

ñora Baerwald—. Cuénteme usted lo que ha sido.
—La cosa no merece la pena, pero si tiene usted empeño...

En aquel momento sintió que se arrimaban suavemente á él en la parte que quedaba libre del banco, cuyas dimensiones no eran las suficientes para que pudiera sentarse una persona. Instintivamente se corrió un poco y volvió la cabeza. La señora Ehrwein estaba á su lado y lo miraba en silencio. En su mirada había una expresión de ternura que lo mismo podía interpretarse como de dulce reconvención que de sumisión humilde. Se levantó de pronto sorprendido para dejar sitio, y esto permitió á la señora Baerwald el que pudiera ver á la recién llegada.

Las dos mujeres se hicieron una ligera inclinación de cabeza; después, la señora de Ehrwein dijo:

—No se levante usted, señor profesor, se lo suplico, hay sitio para todos. Se creería que teme usted estar á mi lado.

—Eso no lo dirá usted formalmente—contestó Bruchstaedt volviendo á tomar asiento.

—Haga usted cuanto le sea posible por hacerme creer—contestó á media voz.

La señora Baerwald, al notar que la señora Ehrwein hablaba en voz baja, se volvió hacia el grupo en que se encontraba su marido y se mezcló en la conversación.

Como Bruchstaedt no se apresuraba á protes-

tar de la imputación de que acababa de ser objeto, la señora Ehrwein añadió:

—Dígame usted, ¿por qué me odia?

—¿Y por qué dice usted eso?

—Porque usted me obliga. Siento hacia usted verdadera simpatía—lo que desgraciadamente no sé ocultar—y usted no me ha dirigido hasta ahora una sola frase de afecto. Todavía no me ha dicho usted diez palabras seguidas, y siempre se muestra usted frío y desdenoso conmigo.

Mientras decía esto tenía clavados materialmente sus hermosos ojos en el profesor, que se sentía embarazado hasta el punto de no hallar modo de articular una sola palabra.

—No hay que tomar las cosas de ese modo, es mi modo de ser, que realmente resulta algo... torpe...

—No, no; yo sé á qué atenerme. Los Baerwald me han repetido infinidad de veces lo agradable que es vuestra conversación y lo simpático que resulta usted para todo el mundo siempre que se propone serlo. Para conmigo únicamente no quiere usted resultar agradable; ¿cree usted acaso que con la indiferencia se me atrae mejor que con el afecto?

—Me corregiré, señora, se lo prometo; desde este instante comenzaré por hacerle la corte...

—¡En nombre del cielo, guárdese usted no ya de hacer, pero ni siquiera de intentar semejante cosa! ¿Qué más quisieran los chismosos que no dejan de observarnos un solo momento?

—Entonces dígame usted qué debo hacer para complacerla.

—¡Oh! yo no exijo mucho; me contento con que esté usted siempre afectuoso conmigo, con que me conceda su amistad.

Y diciendo esto, le tendió su mano á medio enguantar, que el profesor sólo se atrevió á retener un instante entre las suyas, porque se fijó en que hacía tiempo que los venía observando Baerwald.

Éste se acercó y preguntó alegremente:

—Y bien, ¿qué clase de negocios son esos que tiene usted con el amigo Bruchstaedt?

—¡Pues no es usted curioso que digamos! No es cuestión de negocios, es un tratado de paz de lo que nos ocupamos.

—¡Oh! ¿Se había declarado la guerra entre ustedes?

—He sido yo quien ha roto las hostilidades; pero el señor Bruchstaedt ha sido indulgente y ha perdonado.

Su independencia de espíritu, su calma, su habilidad para resolver todas las situaciones, encantaban á Bruchstaedt. Por primera vez se dijo que no era ni con mucho una mujer vulgar, y es muy posible que se lo hubiese dicho á ella misma, pero no lo permitieron las circunstancias. La señora Ehrwein había tomado parte en la conversación general, y desde aquel momento, aunque continuaron el uno al lado del otro, no se les hizo posible hablar aparte una sola palabra.

Al desembarcar hubo cierta especie de revuelta, circunstancia que aprovechó la señora de Baerwald para preguntar á Bruchstaedt:

—¿Y cuál fué la ocurrencia?

—¿Qué ocurrencia?

—La que se proponía usted contarme respecto á la señora Ehrwein.

—¡Ah! sí; pero no. Si no fué nada. Un defecto que había creído notar equivocadamente; la cosa no merece la pena de ocuparse de ella.

La señora Baerwald no insistió más.

Aquella noche había solemne recepción en el Municipio. La señora Ehrwein se presentó con un vestido que llamó la atención y escandalizó á las señoras de los naturalistas, la mayor parte provincianas. Llevaba un traje de seda muy escotado, bordado de oro y perlas y adornado de encajes de color crema; un collar de centenes de oro, un aderezo en forma de disco solar, unos guantes color de paja bordados en oro, que alcanzaban hasta medio brazo, un cinturón de oro, al que estaba sujeto, por una cadena del mismo metal, un abanico con el varillaje guarnecido de rubíes, y por debajo de la falda se dejaban ver unos diminutos pies calzados con unos elegantes zapatos de satén encarnado bordados de oro. Hacía el efecto de una duquesa que se digna honrar con su presencia un baile de burgueses. Había ido en unión de los Baerwald, pero la señora Baerwald, que vestía un traje sin pretensiones de ninguna índole, no

se sentía á gusto á su lado; así que se dió por satisfecha cuando la vió mezclarse entre la multitud de jóvenes que la rodeaban y le hacían objeto de toda clase de obsequios y atenciones.

Bruchstaedt había llegado con varios amigos y al ver á la señora Baerwald se acercó á ella para saludarla; también vió á la señora Ehrwein, pero se encontraba tan rodeada, que no intentó hacer lo mismo. Se retiró con sus compañeros á un lado del extenso salón y tomó asiento junto á una mesa que se encontraba sin ocupar, y desde allí se entretenía en contemplar el ir y venir de la multitud. No se habían pasado cinco minutos cuando se le acercó la señora Ehrwein:

—He de ser yo siempre la que debo buscaros —dijo á Bruchstaedt tendiéndole la mano.

—Era absolutamente imposible acercarse á usted, la tenían cercada por completo.

—¡Buena disculpa! —replicó alegremente—. ¿No podía usted apartar á los importunos y llegar hasta mi victorioso?

—Pero usted sueña en mí una especie de mandarín de Persia.

—Pues debe usted estar orgulloso al ver que lo juzgue capaz de desempeñar los papeles de héroe.

Su corte de jóvenes estudiantes y de profesores comenzó á rodear la mesa; la joven apenas si se fijaba en ellos; dejó vagar la mirada hacia la parte más apartada del salón y dijo al cabo de algunos instantes:

—Bonito cuadro; quisiera sacar de él una ligera copia. Profesor Bruchstaedt, ¿tiene usted un papel blanco y un lápiz?

El profesor sacó del bolsillo un carnet y arrancando de él una hoja se la presentó, diciéndole:

—¿Es bastante?

Al mismo tiempo, media docena de manos se apresuraban á ofrecerle otros tantos trozos de papel de diferentes tamaños. La joven cogió el papel y el lápiz de Bruchstaedt y comenzó á dibujar; después de haber trazado algunos rasgos, arrugó el papel y lo arrojó al suelo; uno de los que la rodeaban se apresuró á recogerlo con grosera precipitación y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Quiere usted darme otra hoja?

Bruchstaedt arrancó una segunda hoja y se la dió; esta segunda hoja sufrió poco después la misma suerte que la primera.

—¿Otra más?

—Dele usted el carnet —dijo la señora Baerwald, procurando reprimir su impaciencia.

—No, no —exclamó la señora Ehrwein, haciendo como que no había notado el tono con que pronunció su amiga las anteriores palabras—; el profesor tiene también que hacer algo, pues no es cosa de que mientras yo trabajo permanezca ocioso. Pero me resulta imposible —añadió después de algunos instantes de silencio, y devolvió el lápiz y el papel de un modo nervioso.

Naturalmente, no era posible; tenía el guante

muy ceñido y no tenían los dedos la soltura necesaria para manejar el lápiz.

—Venga usted, vamos á dar una vuelta—dijo levantándose de pronto.

Bruchstaedt recogió el lápiz y le ofreció el brazo, y atravesaron el salón, dejando oír el fru-fru de su vestido. Los que la rodeaban se miraron unos á otros, pero por esta vez no la siguió ninguno.

Las mesas dejaban corto trecho para que pudieran circular los transeuntes, y Bruchstaedt apenas si podía conducir á su compañera, que era objeto, así como él, de las miradas de unos, de los cuchicheos de otros y de las envidias de no pocos, lo cual, si bien no resultaba muy agradable para el profesor, parecía en cambio que satisfacía á la joven.

—Somos objeto de la atención general—dijo estrechándole el brazo.

—No es extraño; es usted muy bella.

—Es usted más bello que yo.

—¡Oh! Señora, me prohíbe usted que le haga la corte y me la hace usted.

—Es un derecho contrario.

Habían llegado el extremo del salón y entrado en otra habitación inmediata, donde al compás de una orquesta bailaba el elemento joven. Con objeto de cambiar de conversación, Bruchstaedt le preguntó:

—¿Quiere usted que bailemos, señora?

—No puedo, padezco del corazón.

—¿De verdad?—preguntó, mitad incrédulo y mitad asustado.

—¡Y tan verdad! No viviré mucho tiempo, lo sé.

—¿Quién le ha imbuído á usted esa creencia?

—Media docena de médicos rusos y alemanes, cuya opinión ha sido unánime; pero eso me importa poco, puede usted creerlo.

—«La vida no es el mayor de los bienes», según frase de un poeta; pero eso no es natural oírlo de labios de una mujer joven y bella. Quiero creer que la cosa no es tan grave como usted asegura, á más que no se nota en usted ninguno de los síntomas de esa enfermedad.

—Si; las apariencias engañan; pero estoy plenamente convencida de ello.

—Y á pesar de ello, viaja usted y hace una vida agitada.

—¿Qué quiere usted? es preciso. En vez de embriarme con Champagne, me embriago con la música, con las luces, con las alhajas de las mujeres, con las conversaciones y con la atmósfera caldeada de los salones. Me es absolutamente imposible vivir sin embriaguez. Usted olvida lo estrecha y vacía que es la vida de una mujer. Nosotras no tenemos trabajos que nos reemplacen las alegrías de la vida. Nosotras no producimos obras que nos sirvan de propia y extraña estimación; es posible que con el tiempo pueda alcanzar un nombre en la

pintura, pero hoy por hoy no paso de ser una aprendiz: ¿qué me queda, pues, para librarme del sentimiento agobiante de mi nulidad? Mi personalidad únicamente; por ella sólo puedo aspirar á conseguir el triunfo, y el único escenario donde puedo exhibir mi personalidad son los salones. Usted tiene sus oyentes y sus lectores; yo tengo mis admiradores y mis envidiosas; usted triunfa por su palabra, yo también; importa poco que la palabra sea dogmática ó deje de serlo. Si la acción de esta palabra es secundada por un lindo palmito y una *toilette* de buen gusto, usted no me dirigirá ninguna censura. ¿Comprende usted ahora por qué frecuente con tanto empeño la sociedad?

—Se defiende usted tan perfectamente, señora, que no me siento con fuerzas para calificar de carácter superficial, de ligereza...

—¡Oh! señor profesor, ¡carácter superficial! ¡ligereza!

—Yo no he dicho nada; por el contrario, confieso que su argumentación es convincente; pero si ha de pagar sus triunfos en los salones con su salud, ó mejor dicho, con su vida...

—Y eso ¿qué importa? Mi divisa es «triunfar hasta morir».

—Divisa culpable para quien tiene deberes, pues á los hijos hay que consagrarles la existencia.

—Señor profesor, no acepto lecciones de nadie en cuanto al cumplimiento de mis deberes maternos.

Dijo esto con tono seco, al mismo tiempo que sus labios se contraían con dureza. Bruchstaedt creyó que se iba á repetir la escena de la barca, pero se desarrugó su semblante y continuó con el mismo dulce acento que hasta entonces lo hiciera:

—El egoísmo brutal de los hombres se cubre siempre con nuestros hijos: es lo mismo que cuando los revolucionarios ponen muchas veces los niños por delante para avanzar contra los soldados. Nosotras no somos tapaderas, sino, por el contrario, seres humanos; tenemos nuestros derechos y nuestras necesidades, que no alcanzan á satisfacer los hijos. Pretender que una mujer joven puede vivir únicamente para sus hijos, es una ignorancia ó una crueldad. Cuando he concluido de ocuparme de mis hijos, queda todavía en mi alma una vida, una vida que no he de llenar zurciendo las medias de mis pequeñuelos. Lo repito: si poseyera la actividad creadora, no hubiera tenido necesidad de ninguna otra; pero como no la poseo, sólo hay en el mundo una sola cosa que satisfaga todas las ambiciones de mi alma: un amor profundo.

Y al mismo tiempo, con sus azules y brillantes ojos dirigió una mirada á Bruchstaedt tan apasionada, que éste se estremeció y le dijo con voz breve:

—¡Nos observan!

—¿Teme usted que pueda comprometerlo?—preguntó sonriendo, mientras se extinguía el encanto mágico de su mirada.

—No; temo lo contrario.

—¡Oh! yo no tengo miedo á las malas lenguas.

Una idea loca, propia de un estudiante, cruzó de pronto por la imaginación de Bruchstaedt: poner á prueba su intrepidez, besándola, delante de aquellos majaderos á quienes se entretenían en ver bailar; pero desechó seguidamente semejante idea, y se sonrojó. La joven adivinó lo que le pasaba, porque se apoyó con fuerza en su brazo, lo condujo al gran salón y al llegar á la mitad le dijo:

—Nos volveremos con los Baerwald; me siento algo fatigada.

El martes por la mañana los miembros más celosos de la reunión trabajaron en las secciones, pero la parte mayor hicieron una excursión á Harz. Bruchstaedt hubiera deseado asistir á su sección, pero aquella noche había prometido formar parte de los excursionistas.

En la estación se encontraron los Baerwald con la señora Ehrwein, Bruchstaedt y dos de sus conocidos, de Berlin, y se instalaron en el mismo departamento. La señora Baerwald encontró ya una cosa natural el que la señora Ehrwein y Bruchstaedt se sentaran el uno al lado del otro, y no trató de turbar su tranquilidad. Cerca del mediodía se llegó á Thale, y sin perder el momento la comitiva se puso en camino con dirección á la roca de la Rosstrappe, donde se debía comer.

Los excursionistas marchaban denodadamente por grupos: los Baerwald iban á la cabeza; Bruch-

taedt ofreció el brazo á la señora Ehrwein y quiso seguirlos; pero su compañera lo retuvo nuevamente y le dijo:

—No vaya usted tan de prisa, yo no puedo.

Marchando despacio, lo que hacía que cada vez se fueran quedando más retrasados, llegaron á la plazuela de la Blachhüelte, al puente de la Bode, donde la señora Ehrwein se detuvo para tomar aliento; apoyada sobre la baranda del puente, con la mirada fija en el agua, permaneció como absor-ta hasta que, como despertando de aquella especie de sueño, dijo á Bruchstaedt, que durante aquel tiempo había estado contemplándola:

—¿Viene usted?

Los excursionistas habían continuado avanzando y se encontraban bastante lejos cuando continuaron el camino, que comenzaba á resultar bastante accidentado.

Por muy despacio que marchara Bruchstaedt, más lo hacía la joven todavía; cada cinco pasos se detenía ésta para llevarse la mano al corazón; su respiración resultaba cada vez más fatigosa, y cuando, después de andar unos doscientos pasos, llegaron junto á un banco de madera que había en el camino, se dejó caer y lanzó un suspiro.

—¡No puedo más!

Tenía los labios pálidos, cerrados los ojos, y el pecho se le levantaba con fuerza al procurar aspirar el aire con avidez. Bruchstaedt, asustado, se sentó á su lado; la joven apoyó la cabeza en el

30600

hombro del profesor, que casi inconscientemente se volvió hacia ella y le besó la sedosa cabellera; abrió los ojos y lo miró sonriendo, y al acercar el profesor el rostro, no trató de separar el suyo. Los labios de Bruchstaedt buscaron su frente, sus ojos y su boca cerrados, que sólo se retiraron al sentir de pronto el calor de un ardiente y apasionado beso.

—No podemos continuar aquí—dijo levantándose.

—Pero usted no puede ir más lejos—contestó el profesor con resolución—; hay un camino de carruajes que conduce á Rosstrappe; veamos si encontramos un coche.

Retrocedieron, bajaron paso á paso la escarpada pendiente y llegaron al restaurant de la Blechhülte, donde el dueño estaba conferenciando con un médico hamburgués grueso y asmático, que deseaba también alquilar un carruaje, para ahorrarse el trabajo de ir andando; adivinando que los recién llegados deseaban lo mismo, les propuso que caminaran juntos y de este modo resultaría la cosa más económica. La señora Ehrwein hizo un gesto de disgusto; pero Bruchstaedt le deslizó algunas palabras al oído, mientras que el grueso médico hamburgués terminaba los últimos detalles con el hortelero:

—Es lo mejor que podemos hacer, pues llamará menos la atención cuando nos vean llegar en su compañía.

En la comida, y durante la ida á Rosstrappe y la vuelta á Thale, estuvieron más distraídos y silenciosos que de costumbre. Intentaron varias veces separarse, mezclarse entre los grupos, á fin de que no los vieran juntos siempre, pero resultó imposible. Sin buscarse, sin mirarse, se encontraban al cabo de algunos minutos el uno y el otro, y renunciaron, por último á representar la ridícula comedia de la indiferencia, que no conseguía engañar á quien los observaba.

Al terminar la comida, toda la comitiva se dirigió á la Rosstrappe y se esparció á lo largo de la roca escarpada y pintoresca para contemplar el hermoso panorama que allí se ofrecía y que iluminaban en aquel momento los rayos del sol. Cada cual estaba entregado á sus propias impresiones, y la señora Ehrwein aprovechó aquella circunstancia para decir en voz baja á Bruchstaedt:

—Profesor Gustavo, ya es tiempo de que hablemos tranquila y formalmente y sin que nadie nos moleste; si estamos con los demás, esto no ha de resultar nunca posible. Vaya usted á verme mañana al hotel.

—¿Á su cuarto?

Y sus miradas acentuaron mucho más la pregunta que lo había hecho la entonación.

—Naturalmente—contestó la joven con voz tranquila—, no podemos estar en el salón de lectura; para eso, lo mismo pudiéramos hacerlo aquí.

—¿Pero si los Baerwald nos vieran?...

—Es preciso que vaya usted después de las diez, cuando haya comenzado la sesión pública; entonces no podrá espiarnos nadie.

El profesor también debía asistir á aquella reunión, pero no podía existir un momento de duda entre el cumplimiento de su obligación y la invitación de aquella hermosa. Se atrevió, sin embargo, á hacer una objeción.

—¿No será usted imprudente?—le dijo.

—¡Qué místico es usted! Es un defecto del que tengo necesidad de corregirlo.

—Entonces, queda convenido; mañana, un poco después de las diez.

¿Por qué quería hablar formalmente con él? ¿qué tendría que decirle?—se repetía el profesor, que tuvo un sueño intranquilo. Se levantó temprano, y se sentía muy emocionado cuando, diez minutos antes de las diez, llegaba á la puerta del hotel de Prague.

Pasó de prisa por la portería, donde por conocerle le saludaron; tuvo la suerte de no encontrar á nadie en la escalera ni en el corredor, y se dirigió presuroso hacia la habitación que había sido antes la suya.

—Entrad—le contestó desde dentro una voz tranquila, y cuyo timbre armonioso ejercía en él tan particular atracción.

Abrió la puerta y entró seguidamente en el cuarto y todavía dirigió una mirada á su alrededor; advirtió que no había criado ni doncella alguna.

La señora Ehrwein estaba sentada junto á la ventana en una silla baja; no se levantó, pero se inclinó hacia él, le tendió la mano y le dijo:

—Buenos días, profesor Gustavo; no mire usted á su alrededor ni me mire usted á mí; no estoy ni peinada ni vestida.

—Está usted encantadora—contestó Bruchstaedt llevándose la mano á los labios.

—¡Adulador! No tengo ni corsé: mirad.

Cogió la mano de Bruchstaedt y le pasó ligeramente la punta de los dedos á lo largo del talle. El profesor le tendió los brazos, se arrodilló ante la silla y la atrajo sobre el pecho. Intentó, pero no realizó, un ligero movimiento de defensa; mas el profesor no lo tuvo en cuenta, y sus labios buscaron con avidez los labios de aquella mujer encantadora: ésta dijo primero: «No», sacudiendo la cabeza, pero no se desprendió de él, y un instante después se unían sus labios en un furioso beso; trató de separarse una vez todavía y murmuró con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados:

—No... ¡Ah!... se lo suplico... puede venir alguien.

El profesor corrió á la puerta y corrió el cerrojo con un movimiento brusco.

.....

La campanilla resonó con violencia.

Asustada, la señora Ehrwein abrió los ojos.